

**Cruzada -Kingdom of Heaven-, de Ridley Scott o la hollywoodización de la historia**

En 1977, el director británico Ridley Scott realizó la película “Los duelistas” -The Duellists-, cuya historia es más o menos esta: El teniente de húsares del ejército napoleónico Armand Dhubert recibe la orden de arrestar al teniente Ferand por haber participado en un duelo. Ferand, encolerizado, retará a Dhubert, lo que conllevará un nuevo duelo, esta vez entre ellos dos. En el reparto, uno de los grandes actores del cine mundial, Albert Finney. Una producción bien cuidada, basada en la obra “El duelo” -“The Duel”-, de Joseph Conrad, que en manos del guionista Gerald Vaughan-Hughes, alcanzó matices magistrales. Desapercibida para los medios de comunicación, valorada por la crítica, es ésta quizá una de las obras mejor logradas de Scott. Más de veinte años después, una nueva producción sale al ruedo, más costosa, opulenta y con una alta dosis de espectacularidad, al particular estilo de la escuela cinematográfica de los millones de dólares: Hollywood. El film “Cruzada” -Kingdom of Heaven-, cuya historia se desarrolla en la Baja Edad Media, en Europa y en el Medio Oriente, es el último del director, reconocido por obras cinematográficas, en las que ha puesto en juego su ingenio para transitar de la realidad a la ficción, con “Blade Runner”, “1492, la conquista del paraíso”, “Thelma y Louise”, “Gladiador”, entre algunas otras.

Ridley Scott se educó en el West Hartpool College of Art y estudió Arte y Cine en el Royal College of Art de Londres. Tras sus estudios, comenzó a trabajar como diseñador de decorados para la BBC de Londres. A mediados de los años 60 empezó a dirigir programas de televisión de la BBC, pero muy pronto se lanzó a dirigir anuncios publicitarios, siendo dueño, aún hoy, de una agencia de publicidad. Tanto como la

ficción, las películas históricas hacen parte de su amplia trayectoria, en las que está en la búsqueda de hechos cuya marca profunda han quedado en el imaginario de la humanidad, para llevarlos a escena. Luego de “Los duelistas” –“The duelists”-, Scott se embarcó en la aventura épica del descubrimiento de América, la que fue titulada “1492, la conquista del paraíso” –“1492, Conquest of paradise”-, con la banda sonora de Vangelis, y un singular reparto dramático. Al finalizar el siglo XX, aparece en las listas de nominados al Óscar, por “Gladiator”, aclamada en los cines de todo el mundo, revisada con ojo advizor por los historiadores, paso siguiente a su inmersión total en el espectro hollywoodiano, que le llevó a la producción de esta nueva cinta histórica. El tono acostumbrado de los elementos fabulosos norteamericanos, trasplantados equivocadamente a la realidad histórica. Nuevos elementos que Scott coloca en los guiones, y que no corresponden con los documentos históricos correspondientes a las Cruzadas, uno de los hechos más relevantes de la Cristiandad, incluso, de la cultura occidental. ¿Cómo comprender la problemática del Medio Oriente, en la que han incursionado algunos de los países de Europa Occidental –España e Inglaterra- que entonces acudieron al llamado del papa Urbano II, si las batallas y las tomas de los pueblos del Levante, parecen en la película de Scott, conflictos de pandillas, thrillers del estilo Western y llamado a filas del tipo “Army USA”? ¿Qué sentido alcanza la disciplina histórica, si la personalidad del líder Salah ad Din de los ejércitos sarracenos –conocido por los occidentales como “Saladino”- queda reducida en esta nueva producción a la de una caricatura que dispara palabras en inglés, impensable para el tiempo y los patrones culturales de la época?

Al comenzar la cinta, la fecha 1184, marca la temporalidad histórica, a partir de la cual se cuenta hacia atrás, buscando en el tiempo los antecedentes que rodearon el comienzo de las Cruzadas. Al finalizar el Concilio de Clermont, en 1095, el papa Urbano II predicó la Primera Cruzada, con el grito famoso de “¡Dios lo quiere!”, que tenía por objetivo liberar Jerusalén de manos musulmanas, en las que ya llevaba cuatro siglos. Ante la predicación del papa –que tenía matices de provocación incendiaria-, se produjo un estallido de fervor tanto en el pueblo llano como en la pequeña nobleza, que no incluía a los reyes, que se abstuvieron de participar en esta primera expedición. Los historiadores recordarán los nombres de Godofredo de Bouillon, Raimundo de Tolosa y Bohemundo de Tarento, nobleza de mandos medios, quienes se pusieron en disposición para recuperar los Santos Lugares de Jerusalén. Franceses, flamencos y normandos

marcharon a la conquista de los tesoros bizantinos y levantinos, no por los espirituales. El 15 de julio de 1099, un ejército de enardecidos y fanáticos cristianos tomó Jerusalén, arrebatándola a los musulmanes. Los cristianos cruzados realizaron una terrible matanza, que no respetó a judíos o musulmanes, mujeres o niños. Una representativa muestra de la vergüenza que sentiría el Sumo Pontífice Juan Pablo “el Grande”, en la jornada de expiación por los pecados cometidos por la Iglesia Católica, al finalizar el siglo XX: “Pedimos perdón por las divisiones entre los cristianos, por el uso de violencia que algunos emplearon al servicio de la verdad, y por las actitudes hostiles cometidas contra los seguidores de otras religiones”.

La historia empieza así con datos inconexos entre la realidad y la película de Scott. Para 1184, el año que toma como referencia el director, se había formado el Reino de Jerusalén, y el monarca que ocupaba el trono era Balduino IV, llamado “el leproso”, que pertenecía a una dinastía que antes había dado tres reyes a la ciudad. Reinó de 1174 a 1185. Era hijo de hijo de Amaury I y tenía una hermana, la princesa Sybilla. A pesar de su juventud y su mala salud, Balduino IV fue un gobernante enérgico. Por allí la cosa va bien. Pero no hay claridad en los personajes de Scott, porque la estructura narrativa coloca un hilo de los hechos que desvía el verdadero papel que cumplieron, colocando con cierta visión moderna, a personajes que tenían comportamientos relacionados con sus aficiones –caza, caballería, etc-, pero nada de relación con las aficiones modernas –football americano, tennis, tiro al blanco, etc-. Los nobles de Scott parece que han salido de ruedas de negocios directo al “jockey club”, o en justas deportivas de alto riesgo, como el caso de Guy de Lusignac o Reynald de Chantillon. Mucho menos Godfred de Ibelin –Liam Neesom-, quien resulta un caballero improvisado, que al momento de reivindicar a su hijo “bastardo”, para heredar su legado, compromete los valores caballerescos, desvirtúa los fidedignos datos históricos de que se tiene noticia. Excepto Godfrey de Ibelin y su hijo Balian de Ibelin –Orlando Bloom-, de los que no hay precisión histórica, casi todos los demás son personajes que la historia prueba que existieron, y estuvieron implicados en la trama de estos años decisivos. El rey de Jerusalén, Balduino IV, “el leproso”, era hijo de Amaury I, que a su vez había sucedido a su hermano Balduino III. Balduino IV muere en 1185. A su muerte asume el trono de la ciudad santa, Balduino V, hijo de la princesa Sybilla y de su primer marido Guillermo de Monferrato, hermana de su antecesor. Una muerte prematura del monarca, provoca el ascenso, un año después, de Guy de Lusignac, segundo marido de Sybilla. En esta

parta, según Scott, el hijo de Sybilla jamás existió, y, está por verse, que Sybilla haya tenido la potestad de coronar a su esposo y, peor aún, así misma.

Al suceder la muerte del caballero Godfred de Ibelin, pretenciosamente, la “bastardía” recibe el título nobiliario, en manos de Balian, quien asume con que rapidez –el tiempo de la película no puede engañarnos- todos los roles de caballero –un humilde herrero-, y no sólo eso, da la talla como caballero, cuando no era tan fácil. Es aquí donde entran las multinacionales editoriales con sus libros de “autosuperación personal”, como “Ser caballero en 24 horas” o “Cómo obtener un perfil nobiliario en una semana”. La otra parte es para tomar palco. Frases de completa amabilidad de Lusignac para con los árabes, aunque después, no se sabe cómo, decide destruirlos. Aparece en escena Reynald de Chantillon, y no muy lejos, Saladino y el mariscal de Jerusalén –Jeremy Irons, nunca apareció-.

Al centrarnos en el nuevo conflicto, Lusignac y Chantillon contra el rey de Jerusalén –probablemente Balduino IV, nunca nadie lo sabe, Scott se lo guarda para él mismo- y Saladino. Provocados constantemente por los cruzados leales a estos dos nobles, los sarracenos, bajo las órdenes de Saladino, aunque frenados una primera vez por los buenos oficios del rey de Jerusalén, esta vez, tal como dice la historia, ante los ataques provocados por Chatillon a las caravanas de los sarracenos -el último ataque que provocó el enfrentamiento, fue contra una caravana en la que iba la hermana de Saladino, que juró matarlo con sus propias manos- Saladino decide declarar la guerra. Puesta en marcha la confrontación, el grueso del ejército cruzado, junto con los templarios y hospitalarios, se enfrentó a las tropas de Saladino en el sitio denominado Hattin, el 4 de julio de 1187. Los ejércitos cristianos fueron aniquilados, dejando el reino indefenso. Saladino mató con sus propias manos a Reynald de Châtillon. Sin embargo, en la versión de Scott, el joven caballero Balian mantiene el control de la ciudad, en una puesta en escena, que es quizá lo mejor de la película, con toda la infraestructura de la batalla medieval, entre musulmanes y cristianos. Cuando se da una tregua temporal, Balian se reúne con Saladino en busca de los términos. Esto si fue ya el colmo. Ante la pregunta de Balian a Saladino de “¿cuánto vale Jerusalén?”, el líder sarraceno responde “nada”, y después al marchar, voltea, eleva las manos como si estuviera en algún suburbio de Estados Unidos, y con la juvenil señal de “bien”, más de los jóvenes de nuestra época, que improbable de aquella, dice “todo”. Después, lo que la

historia ha dicho, la salida de los cristianos de Jerusalén, y lo que sigue, Saladino procedió a ocupar la mayor parte del reino, salvo las plazas costeras, abastecidas desde el mar, y en el mismo año conquistó Jerusalén. Comparada con la toma de 1099, esta fue casi incruenta, aunque sus habitantes debieron pagar un considerable rescate y muchos fueron esclavizados. El reino de Jerusalén había desaparecido.

En la versión de Scott, todo parece un dechado de rosas. Aunque parezca que Saladino y la imagen del mundo musulmán está salvada, los cruzados aparecen como “los buenos”, que en caballeros como Balian, prefirieron dejar Jerusalén, cuando grita: “¡Si Jerusalén es El reino de los cielos –Kingdom of Heaven-, que Dios haga con ella lo que quiera!”.

La aparición de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra –suponemos que es el monarca, pues Scott se lo vuelve a guardar, ya quedó claro que le gustan las exquisiteces, entre más guardadas, mejor-, buscando a aquel que logró defender Jerusalén hasta el final, viene un mensaje muy claro, que establece un puente entre el pasado y el presente, y que no cabe duda, es otro de los buenos puntos de la versión de Scott: “Más de mil años después de la tregua pactada entre Ricardo Corazón de León y Saladino, para entregarle Jerusalén, la paz no ha vuelto a la región.”

Queda para el público –en especial los jóvenes- la necesidad de leer antes de ver la película todo lo referente a las Cruzadas, pues enviarlos sin confrontar la información histórica, puede ser contraproducente. En eso, es recomendable citar ahora el texto –además de exigir a los interesados en profundizar sobre los desatinos de las películas épicas de Hollywood leerlo- de Robert A. Rosenstone, “El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia” –“Visions of the Past The Challenge of Film to our Idea of History”-cuando dice: “El desafío del cine a la historia, de la cultura visual a la cultura escrita, se asemeja al desafío de la historia escrita a la tradición oral, al desafío de Herodoto y Tucídides a los narradores de leyendas históricas. Antes de Herodoto existía el mito, que era un medio perfectamente adecuado para referir el pasado de una tribu o de una ciudad, adecuado en tanto proveía de un sentido al mundo

existente y lo relacionaba con hechos anteriores. En un mundo posliterario, es posible que la cultura visual cambie la naturaleza de nuestra relación con el pasado. Esto no implica abandonar nuestros conocimientos o que éstos sean falsos, sino reconocer que existe más de una verdad histórica, o que la verdad que aporta el medio audiovisual puede ser diferente, pero no necesariamente antagónica, de la verdad escrita.”<sup>1</sup>

**Danny González Cueto\***

---

\* Editor de Memorias. Comunicador Social y Periodista Cultural de la Universidad del Norte.

---

<sup>1</sup> Robert A. Rosenstone. *El pasado en imágenes*. Barcelona, 1997. p. 41